

trae remitas? Cuando retienes las ramitas se va muriendo el fuego, porque el temor de Dios lleva agua a las llamas. ¿Cómo va el fuego a ennegrecer el rostro hermoso de quien está sonrosado por el temor de Dios que está en los corazones?”¹⁴⁴.

Por el ayuno disminuye la lujuria, pero puesto que ayunar es harto difícil para la mayoría, casarse es el medio de huir de la depravación. No es el caso del matrimonio ilegítimo del rey Claudio y la madre de Hamlet. Sólo en las uniones legítimas se aplaca la lujuria sin que sea causa de embrutecimiento. De hecho, en el islam la satisfacción de la pasión es recomendable pero siempre dentro de los claros límites de la ley, y de la misma forma que hay castigo para las uniones ilegítimas, hay premio para las legítimas, como dice un hadiz.

Macbeth: un retrato de la codicia

En el personaje del rey Claudio vemos también el tema del gobernante ilegítimo que accede al poder aun siendo el peor de los hombres, arquetipo que se repite incesantemente en la historia de la humanidad y que en última instancia responde a la voluntad del cielo, como leemos en el Corán:

“Y también hemos hecho que en cada ciudad sus criminales fueran algunos de sus hombres más notables, para que intrigaran en ellas. Pero solo intrigan contra sí mismos, sin darse cuenta”¹⁴⁵.

144 *Id.*, vol. I., Municipalidad Metropolitana de Konya, p. 273 (versos 3703-3706).

145 C. 6:123 (trad. de A. Guijarro).

Macbeth es otro ejemplo de este prototipo y quizás es el personaje de las obras de Shakespeare que más fielmente encarna la pasión de la codicia o ambición. El vaticinio de las brujas pone en movimiento la codicia de Macbeth, instigada por su mujer, por llegar a ser Rey y consumando el terrible asesinato. Aunque hay un paralelismo entre Macbeth y Claudio, la codicia de Macbeth es un poco distinta de la que mueve al hermano del padre de Hamlet, pues en el caso de Claudio la lujuria y la envidia son los que le impulsan al crimen para usurpar la corona. En Macbeth se presenta la codicia en su estado puro, como una fuerza ciega que nunca tiene suficiente y que siempre desea más y más, como el afán compulsivo por tener lo que no se tiene.

El maestro sufí Ibn Ata'Allah de Alejandría habla en una de sus obras de la codicia como aquello que echa a perder los fundamentos de la religión, pues el que está tomado por la codicia no se sacia jamás, como lo demuestra simbólicamente el hecho de que las letras que designan la palabra codicia (tami'a) son huecas, es decir, la ta (ط), la mim (م) y la 'ayn (ع) tienen una grafía hueca¹⁴⁶, lo que refleja el carácter insaciable de la codicia.

En otra obra de Shakespeare, encontramos una referencia a la misma pasión, concretamente en las palabras del personaje de la hija menor del Rey Lear, Cordelia, cuando desolada por el dolor que sus ambiciosas hermanas han causado a su anciano y bondadoso padre, y ante la noticia que hacen preparativos de guerra dice que el rey de Francia, su esposo, ya ha hecho preparativos para la defensa, pues <<no incita nuestras armas la hinchada ambición, sino el amor, el amor precioso, y el derecho de nuestro anciano

146 Cf. Ibn Atâ'Allah de Alejandría, *Sobre el abandono de sí mismo, Tratado de sufismo šād'īlī*, traducción e introducción de Juan José González, Ediciones Hiperión, 1994, pp. 143-144.

padre. Pronto podré oírle y verle»¹⁴⁷. Vemos, por tanto, que Shakespeare se refiere también a la ambición como algo en esencia hinchado, que por definición no puede saciarse.

En este mismo sentido un hadiz dice lo siguiente:

“Si hubiera dos valles de riquezas para el hijo de Adán él querría un tercero. El estómago del hijo de Adán no estará satisfecho hasta que esté lleno de polvo. Y *Allah* absuelve a quien se vuelve hacia El”¹⁴⁸.

Y una de las manifestaciones de la codicia es, como sabemos, la búsqueda insaciable de poder, la cual va asociada indisolublemente a una inversión de los valores con el fin de tapar la voz de la conciencia. Como se ha apuntado antes, nada más empezar la obra de Macbeth aparecen tres brujas que dicen todas a una: «El bello es feo y el feo es bello». El Corán habla de la falta de luz (*nūr*) como el hecho determinante que lleva a tal inversión de valores, por la cual lo feo aparece como bello, lo injusto como justo, y lo malo como bueno, y al revés. Dos aleyas coránicas son profundamente significativas al respecto, pues relacionan esta falta de luz con la posición de algunos gobernantes que, a pesar de ser oscuros e injustos, acceden al poder ilegítimamente a través de intrigas y maquinaciones, como es caso del personaje de Macbeth, y el pasaje termina con una alusión al sentido profundo del término ‘islam’:

“El que estaba muerto y que luego hemos resucitado dándole una luz con la cual anda entre la gente, ¿es igual que el que está entre tinieblas sin poder salir? De este modo han sido engalanadas las obras de los infieles... Así, hemos puesto en cada ciudad a los más pecadores de ella para que intriguen. Pero, al intrigar, no lo hacen

147 Cf. W. Shakespeare, *El rey Lear*, Acto IV, Esc. IV.

148 *Sabīh Muslim*, hadiz n° 2282.

sino contra sí mismos, sin darse cuenta. Cuando les viene un signo dicen: «No creeremos hasta que se nos dé tanto cuanto se ha dado a los enviados de Dios». Pero Dios sabe bien a quién confiar Su mensaje. La humillación ante Dios y un castigo severo alcanzarán a los pecadores por haber intrigado. Dios abre al islam el pecho de aquél a quien Él quiere dirigir. Y estrecha y oprime el pecho de aquél a quien Él quiere extraviar, como si se elevara en el aire. Así muestra Dios la indignación contra quienes no creen”¹⁴⁹.

Aparte de la mencionada inversión de los valores a la que alude la expresión ‘han sido engalanadas las obras de los infieles’, de este pasaje cabe destacar también el hecho de que la intriga (*maker*) vuelve sobre quien la realiza. El *maker* que realiza el ser humano oculta en realidad un *maker* o intriga mayor y oculta: la que Dios realiza sobre él. Otro pasaje pone de relieve este principio:

“¿Es que están a salvo de la intriga de Dios? Nadie cree estar a salvo de la intriga de Dios sino los que pierden. ¿No hemos indicado a los que han heredado la tierra después de sus anteriores ocupantes que, si Nosotros quisiéramos, les afligiríamos por sus pecados, sellando sus corazones de modo que no pudieran oír?”¹⁵⁰.

Aquí se relaciona la intriga o *maker* divino con el hecho de sellar el corazón para que no pueda escuchar ni reconocer la verdad. Rūmī se refiere también a esta capacidad divina para sellar o abrir:

“El sello de Dios está en el oído y la vista (y los cierra). Él comunica al ojo lo que Él quiere de la belleza, y comunica al oído lo que Él quiere de música y buenas nuevas”¹⁵¹.

149 C. 6: 122-125 (trad. de J. Cortés).

150 C. 7: 99-100 (trad. de J. Cortés).

151 J. Rūmī, *Mathnawī*, vol. II, Konya, pp. 58 (versos 679-681).

Es interesante señalar que en el pasaje arriba citado se menciona el término ‘islam’ detrás de las palabras que censuran a aquellos que urden intrigas. Así pues, parece ser que el islam, cuyo significado profundo alude a la paz que se deriva de la sumisión o conformidad al mandato divino, es lo contrario al hecho de urdir intrigas relacionadas con el poder, pues quien rechaza los signos divinos y realiza tales acciones demuestra estar sometido a las pasiones y elabora estrategias para servirlos, es decir, en realidad hace un dios de la pasión. Por el contrario, quien acepta los signos divinos, reconoce la Unidad divina y se somete al Uno, se protege de hacer un dios de la pasión y no tiene necesidad de urdir intrigas, pues la confianza en la Providencia ocupa el lugar del vacío insaciable de la codicia.

Volviendo al texto shakesperiano, encontramos una explicación del carácter de la codicia en la escena en que Malcom (el hijo del rey asesinado por Macbeth) pone a prueba al noble Macduff antes de ponerse a su servicio para atacar a Macbeth, pues dice Malcom que si subiese al poder se apoderaría de los bienes ajenos, y este tener más cosas sería como la salsa que hace venir más hambre, y todavía querría más y más. Macduff le contesta que este tipo de codicia se mete dentro y crece con una raíz incluso más perniciosa que la de la lujuria, pues esta última dura como el verano, mientras que la otra no tiene fin¹⁵².

Encontramos en este sentido otro pasaje en una azora del Corán especialmente relacionado con la pasión dominante de la codicia, dirigido en este caso a un personaje histórico real, conocido por su codicia insaciable y que rechazó el mensaje divino:

152 Cf. W. Shakespeare, *Macbeth*, Acto IV, Escena III.

“¡Déjame solo con Mi criatura, a quien he dado una gran hacienda, e hijos varones que están presentes! Todo se lo he facilitado, pero aún *anhela* que le dé más. ¡No! Se ha mostrado hostil a Nuestros signos. Le haré subir por una cuesta. Ha reflexionado y tomado una decisión, pero ¡qué decisión! ¡Maldito sea! Sí, ¡qué decisión! ¡Maldito sea! Luego, ha mirado. Luego, se ha puesto ceñudo y triste. Luego, ha vuelto la espalda, lleno de altivez. Y ha dicho: <<¡Esto no es sino magia aprendida! ¡No es sino la palabra de un mortal!>> ¡Lo entregaré al ardor del *saqar*! No deja residuos, no deja nada. Abrasa al mortal¹⁵³”.

La última aleya de este pasaje en que se menciona el ‘ardor del *saqar*’, referida en su sentido literal a los tormentos del infierno que experimentarán los que hayan sido claramente injustos en este mundo, esconde sin embargo una interpretación esotérica que justifica la disciplina espiritual del método del sufismo y explica el sentido auténtico de las prescripciones rituales del islam. El término árabe que se traduce por ‘abrasar’ está construido con la raíz trilítera árabe ‘L W H’, raíz con la que se construyen también el término ‘plancha’, referido a las planchas con que fue construida el arca de Noé, y el término ‘tabla’, referido a las tablas de la Tora y a la ‘Tabla guardada’ en el cielo, matriz del Corán y de todos los libros revelados. Simbólicamente, el barco que salvó a Noé y los suyos de la inundación representa, haciendo una lectura en el plano del alma, el elemento que salva de la inundación del inconsciente, es decir, de los elementos inconscientes que niegan y desmienten los signos divinos que trae el mensajero. Y puesto que existe una correlación semántica con el concepto de Ley, puede decirse que el cumplimiento de la Ley sagrada, es decir, la contención dentro de los límites señalados, es lo que protege

153 C. 74:11-29 (trad. de J. Cortés).

de los elementos inconscientes que llevan a la muerte del espíritu. En este caso, se relaciona la capacidad de la Ley para abrasar los elementos mortales del alma, como la pasión de la codicia. Y, puesto que se nos dice que el Corán fue revelado como misericordia para la humanidad, parece ser que el pasaje citado preconiza la contención dentro de los límites ya en esta vida con el fin de abrasar los rasgos mortales de la personalidad, como la codicia, pues de lo contrario deberá hacerlo el ‘ardor del saqar’¹⁵⁴.

La educación del deseo es así uno de los principales objetivos en las etapas iniciales del método sufí. El deseo es considerado como una fuerza que debe ser domada y sometida, para que pueda ser transmutada y se convierta en una fuerza creativa al servicio del desarrollo espiritual. Se recordará aquí que el alma es una realidad intermedia que puede evolucionar o degradarse; así, aunque el alma se oriente correctamente hacia arriba, el deseo no educado deviene la fuerza que la arrastra constantemente hacia abajo. Sin embargo, la educación del deseo no puede hacerse aislándose en una montaña o en un monasterio, sino viviendo en el mundo y satisfaciendo los deseos dentro de los límites marcados por las leyes o prescripciones de la senda (*šarī‘a*) y los ejemplos de la *sunna*, es decir de la vida y dichos del Profeta. Cabe decir que cuando aquí se habla de *šarī‘a*, uno de los términos más manipulados de la historia religiosa de la humanidad, no nos referimos en ningún caso a lo que se entiende habitualmente por este término, sino que, en esencia, el término se refiere a una Ley no humana, que por este mismo hecho de no ser humana nos saca de nuestra condición meramente humana y nos permite evolucionar en la dirección espiritual. La sumisión (*islam*)

154 Véase una explicación más ampliada de este campo semántico en mi libro *Platonismo y sufismo: Una lectura sufí del mito de la caverna* (capítulo ‘La educación del deseo’), pp. 127-132.

a las prescripciones de la Ley lleva a ‘abrasar’ los rasgos efímeros de la personalidad y permite subsistir a los rasgos eternos del espíritu.

Calibán y los ídolos, esclavitud y falsa libertad

Shakespeare, en *La Tempestad*, esboza a través del personaje de Calibán, esclavo deforme hijo de una bruja mala, el tema de la adoración a los ídolos externos e internos y la búsqueda de libertad. Calibán es sirviente de Próspero, al que sirve de mala gana debido a su naturaleza primaria e incapaz de razonar, pero lo sirve coaccionado por el gran poder del mago. Sin embargo, cuando el esclavo se encuentra con Estéfano, el mayordomo borracho que se ha salvado del naufragio encima de un barril de licor, decide tomarlo como dios y adorarlo y servirlo, pues sus mercedes, como el vino que le suministra, las ve superiores a la severa disciplina que Próspero le impone. El final del segundo acto termina con las palabras de Calibán ‘Libertad, viva! Viva, libertad! Libertad, viva la libertad!’, seguidas de las del mayordomo borracho ‘Adelante, monstruo valiente, Guíanos’¹⁵⁵.

Calibán es símbolo de la parte del alma que adora falsos dioses, cometiendo la peor de las faltas según el Corán, a saber, la idolatría o *širké*, es decir, asociar a Dios con otros poderes ilusorios. Uno de los mensajes más importantes que transmite el Corán y que constituye el núcleo central del islam es el de la unidad y unicidad divinas, es decir, el reconocimiento de que Dios es Uno, premisa básica del monoteísmo. Diversas aleyas hacen referencia a esta idea:

155 Cf. W. Shakespeare, *La tempestad*, Acto II, Escena II.